

Lección 8

EL LIBRO DE JOB

Primera Parte

La Biblia me identifica como Job. En esta lección les voy a platicar de mi persona, en primer lugar. Para ello usaré información del prólogo y el epílogo del libro en la Biblia que lleva mi nombre. En segundo lugar, les resumiré el contenido del libro y haré algunas observaciones que considero pertinentes para este curso.

Es probable que ya hayan escuchado que este libro es uno de los mejores en la Biblia desde el punto de vista literario. Contiene una poesía extraordinaria que lo destaca entre todos los libros que nos han llegado de la antigüedad; es en muchos sentidos único. El Espíritu Santo usó los mejores talentos del autor humano. Quienquiera que éste haya sido, debió ser una persona muy educada. Según los expertos, el autor supo utilizar uno de los mejores estilos poéticos de toda la antigüedad. Creo que hay una incuestionable razón por la cual mi libro se ha clasificado dentro del género literario de la Sabiduría, esto es, de la literatura sapiencial.

Ahora compartiré algunos datos sobre mi persona. Primeramente debo advertirles que carecemos de importante información sobre mí. Sin embargo, trataré de resumir lo que la Biblia dice acerca de mí. Primero, la Biblia no dice específicamente que mis hermanos, mis hermanas y yo hayamos sido israelitas (42.11). Sólo se supone que lo fuimos, aunque la Biblia no menciona que nuestra procedencia sea de una tribu específica de Israel. Esto ha provocado a no pocos eruditos el pensar que yo viví durante el tiempo de los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, antes o poco después de ellos. Algunos eruditos ven esta situación y otras más sobre mi persona como evidencias internas en mi libro sobre la antigüedad de mi existencia. La verdad es que nadie está seguro de las fechas en que pasé mi vida en este mundo. Por esto mismo, hay también algunos eruditos que se han atrevido a pensar que yo no existí realmente como persona. Dicen que yo soy un personaje ficticio o mítico. Me imagino que esto no es nada nuevo para ustedes pues algo parecido dicen de Adán.

En cuanto al lugar geográfico donde pasé mi existencia, también esto ha despertado interrogantes. Mi tierra sólo se identifica con el nombre de US; ¡así de sencillo: US! (1.1). Debo decirles que la Biblia no provee información sobre la ubicación geográfica exacta de tal lugar, aunque ella menciona que fui *el hombre más importante de todos los orientales* (1.3). Consecuentemente, sólo se llega al consenso entre los eruditos que US se encontró al Este del río Jordán, posiblemente en lo que hoy es el país o reinado de Jordán o quizás más al Este en lo que hoy es parte del territorio de Siria o Arabia Saudita. Repito, esto es sólo una opinión generalizada, un consenso solamente.

Al igual que los patriarcas, es posible que mis antepasados y yo nos hayamos dedicado al cuidado de rebaños de ganado. Dios me prosperó mucho pues mi riqueza se mide en la Biblia por el número de cabezas de ganado que me pertenecieron. Además, muchos sirvientes cuidaban de mi riqueza. Debo recordarles que la riqueza de los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob se midió similarmente. Esto es otro indicio que hace pensar a algunos que existí alrededor del tiempo de los patriarcas.

Me casé con quien alguna tradición identifica con el nombre de Dina. Sin embargo, la Biblia no menciona el nombre de mi esposa. Aquí debo aclararles una cosa curiosa en relación con el tiempo de los patriarcas: ¡la Biblia no menciona que yo tuviera más de una esposa! Ella me presenta como monógamo, esto es, casado con sólo una esposa. Esto lo digo para quienes hoy piensan justificar en la poligamia de los patriarcas su vida actual teniendo más de una mujer; o para aquellos que al menos juegan con esa idea. En nuestro matrimonio tuvimos hijos e hijas, aunque en tiempos distantes, o por así decirlo, en las dos etapas claras de mi vida que mi libro relata. Y discúlpenme si menciono “mi libro” para referirme al libro que lleva mi nombre. Soy consciente que en realidad “mi libro” pertenece a Dios. Pero de la segunda parte de mi vida me ocuparé un poquito más adelante. En la primera etapa de mi vida tuve 7 hijos y tres hijas (1.2). En la segunda etapa— ¡y noten ustedes que no se menciona que haya tenido estos hijos con una esposa distinta!— también tuve igual número de hijos e hijas que en la primera etapa (42.13ss).

Mis hijos eran buenos y como a la mayoría de los jóvenes de todas las épocas, les gustaba divertirse juntos. Yo los amaba mucho, al extremo que a veces me atemorizaba el pensar que tal vez en sus diversiones hubieran pecado contra Dios sin darse cuenta. Debido a esta posibilidad yo consagraba holocaustos a Dios y así los purificaba (Comp. Ex 19.10, 14). De esta manera yo también desempeñé el oficio de sacerdote antes de que Dios por medio de Moisés definiera quién debía desempeñar tal función (1.5). Ésta es, posiblemente, otra de las evidencias internas de mi libro que hacen pensar a los eruditos sobre mi existencia en tiempos antiguos, esto es al menos antes de que se revelara la ley escrita (Véase Gn 15.9-10). Pero quiero dejar de hablar de mí. Pasemos al contenido del libro.

Sobre el contenido del libro:

El contenido del libro se puede dividir en tres partes. Dos son breves, y de hecho ya me he referido indirectamente a ellas: el prólogo y el epílogo. La tercera parte, en realidad la segunda en orden, es la mayor sección del libro. Esta parte trata principalmente sobre un aspecto dramático e impactante en mi vida; es la sección que está escrita en forma poética y bajo una forma que yo llamo “drama.”

El drama clave en mi vida empieza sobre una disputa que Dios tuvo con Satanás, discusión que está contenida en el prólogo (1.6-2.7). Se puede decir que el drama tiene dos episodios. El primer episodio contiene una serie de discusiones. Por un lado están las discusiones que yo dirijo a Dios, y por el otro aquellas entre tres amigos míos y yo.

La disputa que tengo con mis amigos es interrumpida con una especie de intermedio. Este intermedio es una exposición breve sobre la Sabiduría (Cap. 28). La Sabiduría fue una idea muy estimada en tiempos antiguos. Por cierto que el Antiguo Testamento contiene varios libros relacionados a la Sabiduría conocidos con el nombre de libros sapienciales.

En el segundo episodio las disputas continúan, pero aparece una cuarta persona de nombre Eliú que pretende refutarme. Finalmente Dios interviene para resolver la serie de disputas. Como resultado de estas discusiones yo terminé reconociendo la razón que Dios siempre ha tenido. El drama tiene a mi persona como el personaje humano principal. Pero como algunos eruditos han

argumentado, en realidad se puede decir que es a la humanidad entera a quien yo personifico en un sentido ya que lo que me pasó generalmente le pasa a todos los seres humanos. Me refiero al tema del sufrimiento. Permítanme relatarles cómo empezó todo.

El drama de mi vida comienza cuando un día Dios pasa revista a todos sus hijos, y observa también a Satanás. Entonces Dios le desafió a mirarme a mí como a una persona recta y piadosa, como no había otra entre los seres humanos. Debo apuntar aquí que bajo ningún sentido la descripción que Dios hace de mi persona quiere decir que yo era una persona santa y sin pecado. La idea es que yo en verdad era un hombre recto, esto es, genuinamente piadoso y que generalmente deseaba obedecer a Dios en todos mis actos. Como respuesta inmediata Satanás desafía a Dios insinuándole que yo poseía muchísimas comodidades, y que en realidad yo recibía muchas de las mejores bendiciones que tiene disponibles Dios para sus hijos. Su argumento era que existían muchísimas razones para que yo fuera un hombre piadoso. La insinuación consistió en que si yo no hubiese tenido toda esa serie de comodidades y bendiciones de parte de Dios, yo entonces pasaría a ser una persona tan pecadora e injusta como la mayoría de los seres humanos después de la caída. Dios acepta el desafío de Satanás, y acto seguido le autorizó a desengañarse por sí mismo de su insinuación bajo la condición de no dañar mi persona. El diablo ni tardo ni perezoso inició su labor destructiva. Obró para que toda mi riqueza y mis servidores, con excepción de aquellos que me comunicaron las malas noticias, desaparecieran en un solo día... ¡en un solo instante! Pero no sólo me afectó en mi riqueza terrenal sino que también hizo que mis hijos sufrieran una catástrofe estando juntos en la casa del mayor de ellos y en la cual fallecieron todos. Las noticias de todas estas pérdidas se sucedieron una tras otra. ¿Se pueden imaginar esto? ¿En verdad se pueden imaginar perder a todos sus hijos, en mi caso 10, en un solo accidente? No tengo que insistirles para que comprendan que esto verdaderamente me dolió y conmovió en lo más profundo de mi ser. Ante todos estos eventos trágicos, mi reacción inmediata fue manifestar mi dolor a la usanza de los antiguos en el Oriente rasgando mi vestidura y rapándome la cabeza. Acto seguido adoré a Dios postrándome en tierra. Después pronuncié unas de las palabras más conocidas entre todos los creyentes. Mis palabras fueron: *Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré allá. Jehová dio y Jehová quitó: ¡Bendito sea el nombre de Jehová!* (1.21).

Para mí hubiera sido muy fácil culpar no a Satanás sino a Dios. ¡Créanme que mi dolor fue genuino! Pero Dios me proveyó de fortaleza, de esa que solo él da, para que los que disfrutamos de una relación estrecha con él podamos soportar con entereza todas las desventuras en esta vida.

Pero permítanme continuar. ¿Verdad que esto es un buen inicio? ¡Sí, el drama apenas empieza!

No mucho tiempo después, Dios estaba pasando revista a sus hijos, y Satanás también fue observado por él. Pronto se acordaron del desafío. Dios le recordó sobre mi integridad para consigo, y apuntó a Satanás las cosas terribles que me habían pasado sin que yo hubiera renegado de él. La respuesta de Satanás no se hizo esperar. Esta vez desafió a Dios dándole a entender que el daño sucedido en realidad se podía restaurar con el paso del tiempo, algo así como reza el popular dicho: “El tiempo sana todas las heridas.” Sin embargo, insinuó que si se perjudicaba más directamente mi persona, entonces yo dejaría de ser una persona de integridad para con Dios. Ante el desafío de Satanás, Dios le concede el seguir tentándome, con la única condición de que respetara mi vida. El diablo entonces procedió a perjudicarme directamente. Esta vez me afligió en mi cuerpo. Como consecuencia de este daño, me vino una enfermedad

atroz en la piel. No hubo un espacio intacto en toda mi piel. El dolor y la comezón se desataron con una intensidad que ustedes no se pueden imaginar. Cansado de que mis uñas no fueran suficientes para traerme un alivio temporal al rascarme, desesperado tomé un pedazo de teja o piedra porosa y con ella me raía toda la superficie de mi cuerpo (2.8).

¿Qué tipo de enfermedad fue la que sufrí? En realidad la Biblia no la describe con exactitud. Debido a esto, no han faltado personas que han identificado mi enfermedad con la lepra más dañina que se conoce en el mundo médico. Otros han dicho que era sarampión o algo parecido. El caso es que fue claramente una enfermedad de la piel (19.20) que me provocó un enorme dolor, además de ser extremadamente repugnante a la vista (30.30).

Con todo, yo no renuncié a mi integridad y a mi relación con Dios, aunque debo confesarles que mis pensamientos pronto se inclinarían a cuestionar a Dios por permitir que yo sufriera con este tipo de dolor y tuviera que vivir todas estas desventuras (21.4). ¡Pero es que el dolor era verdaderamente intenso y constante! Mi esposa se dio perfecta cuenta de mi agudo sufrimiento. Ella perdió la paciencia con Dios y conmigo al punto que me exhortó a dejar todo de lado, rebelarme contra Dios y morirme (2.9).

De nuevo, la Biblia registra unas palabras que han hecho eco en no pocos creyentes en toda la historia cuando les pasa una cosa terrible en sus vidas. Estas fueron las palabras que dirigí a mi esposa ante su disparatada exhortación: *¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?* (2.10).

La Biblia da a entender que mucha gente se dio cuenta de todos mis infortunios (30.1a). Claro que algunos se alegraron mientras que otros pocos me trajeron o enviaron algún consuelo, como suele suceder en situaciones de luto y enfermedad. Pero seguramente no les escuché o atendí apropiadamente porque me hallaba sumido en un dolor insoportable. Entre los que acudieron personalmente a verme estuvieron tres de mis amigos. La Biblia los identifica por nombre: Elifaz, Bildad y Zofar. A juzgar por sus lugares de origen probablemente representan a varios pueblos de la comarca al Este del Jordán. Mis amigos Elifaz, Bildad y Zofar atestiguaron mi lamentable situación física (21.5-6). La Biblia dice que al verme inicialmente no me reconocieron (2.12). Y es que me imagino que cuando me vieron por primera vez al llegar a mi casa no han de haber creído que yo era la misma persona que habían tratado, conocido y estimado anteriormente. Tan desecho me encontraba. Alcancé a ver que mis amigos gritaron en llanto debido a mi deplorable estado físico. Después se sentaron a la usanza antigua tratando de manifestarme solidaridad en mi suplicio. Ellos se percataron de mi enorme tortura a grado tal que permanecieron a cierta distancia sin pronunciar una sola palabra durante toda una semana (2.13).

El drama entonces registra una intervención mía que esencialmente refleja mi queja contra Dios. Aquí es donde también principia la sección poética del libro. Yo no podía hallar, por más vueltas que le daba a mi mente, la razón por la cual Dios me estaba castigando con tanta saña. Yo le desafíe a que me diera una explicación del por qué los justos sufren. Recuerdo que mi suplicio era tan constante que llegué a maldecir el día en que nací (3.3-4). Quiero decir que anhelé profundamente no haber nacido (3.11; 23.17).

Después se continúa con unas discusiones que cada uno de mis amigos sostuvo conmigo. Ellos

mostraron un común denominador en sus argumentos. Pensaron, como era la tendencia de todas las personas en aquel tiempo, que mi sufrimiento debía ser producto de un pecado terrible que yo había cometido y que tal vez yo había tenido cierto éxito en ocultarlo ante todos, menos ante Dios. A esto se le conoce como *la enseñanza de la retribución*. Esta enseñanza sostiene que Dios termina cobrándose en alguna forma todas las ofensas de los seres humanos. Mis amigos por lo tanto me solicitaron que procediera a confesar mi terrible pecado ante Dios y que hiciera las paces con él para que a su vez Dios dejara de mandarme el castigo en que me encontraba sumido (22.1-30). Creían que mi pecado había sido considerablemente grande y ofensivo a juzgar por el grado de sufrimiento que Dios me había mandado (22.15-18). Respondí a sus amonestaciones una y otra vez afirmando que yo no había pecado; incluso les desafié a que me hicieran conocer mis errores (6.24-25; 12.3). De nuevo, no quiero que se interprete que yo estaba exento de pecado. Yo sostenía que era un hombre que no ocultaba algún agravio especial contra Dios (16.16-17; 23.10-12; 29.14), como pensaban mis amigos. Sólo solicitaba que Dios me diera una explicación del sufrimiento que aún viene a los hombres piadosos como yo (13.3; 23.3-7; 30.20-21). Enfatizaba mi rectitud e integridad, en el sentido que mencioné, con tanto esmero (27.5-6; 31.4-6) que mis amigos consideraron que yo era muy necio, que no quería reconocer y aceptar mi culpa. Mis amigos me reprendieron duramente por mantenerme con una actitud ante Dios que ellos juzgaron soberbia e insolente (11.3-4; 20.3a).

También debo aclarar que ellos y yo compartíamos algo en común. Ni ellos ni yo cuestionábamos la justicia, el poderío y la grandeza de Dios ante los hombres (9.2-12). Ni ellos ni yo dudábamos del castigo divino dirigido a los malvados (9.22; 20.1-29; 27.8-9). Eso era relativamente sencillo de explicar. Sin embargo, mi problema, repito, consistía en demandar una explicación (13.3-14.22; 16.21; 19.7) del por qué las personas piadosas como yo recibían, en ocasiones, de Dios un castigo aún superior al que recibían personas ostensiblemente malvadas (10.13; 19.7). Lejos de castigar Dios ejemplarmente a las personas malvadas, yo alcanzaba a percibir incluso que Dios las prosperaba en abundancia en muchos casos (9.24a; 21.7-9). Desde luego, esto yo lo juzgaba injusto por parte de Dios. Esta es otra razón por la cual mis amigos me reprendieron duramente (11.3). Ellos mantenían tenazmente que el “castigo” que padecía en aquel entonces era incuestionablemente un ejemplo de que yo había pecado contra Dios (11.6). Mis amigos se exasperaban cuando escuchaban mi rechazo también obstinado a concederles la razón de que en mí se encontrara un pecado atroz (11.4). Creían que yo no pensaba mis palabras (18.2). Yo afirmaba que confiaba en la justicia divina (9.15b). De hecho yo confiaba plenamente que Dios me rescataría al final, aún si fuera necesario después de mi muerte. Fue en este contexto que pronuncié otras de las más conocidas sentencias que la Biblia me atribuye. Me refiero a aquella que se encuentra en 19.25-27a. Estoy seguro que más de una persona ha escuchado esta frase mía; sé que por medio de ella Dios ha provisto seguridad y consuelo al creyente de todas las épocas. Reconocí que necesitaba un mediador o redentor entre Dios y yo (9.32). Jamás hubiera sido capaz de presentarme ante Dios con mis propios méritos.

Repito, yo estaba consciente de que no era un hombre enteramente perfecto (7.20; 9.20-21, 30); pero me negaba a tener escondida una grave falta contra Dios (9.35; 10.2). Ellos por su parte se turnaban para insistir en convencerme a reconocer mi grave pecado (15.4-6). Finalmente, se dieron por vencidos en sus intentos de obligarme a reconocer mi pecado. Concluyeron que tal cosa era una empresa verdaderamente difícil (32.1).

Todo esto que les estoy describiendo se desarrolló cuando yo me encontraba sufriendo dolores intensos e incesantes. En medio de mi dolor, admito que me encontraba profundamente amargado (7.11; 16; 10.1), incluso mis amigos me irritaban con su presencia e intervenciones (19.2-3; 21.34). Yo también les eché en cara sus constantes acusaciones en mi contra (19.22). Llegué a abrigar en mi mente el deseo de que se apresurara mi muerte (7.15; 10.20-22) porque ella significaría mi llegada a un descanso y alivio.

Hasta aquí la primera parte del drama. El intermedio (Cap. 28) interrumpe las discusiones entre mis amigos y yo. Es un himno a la Sabiduría. En este capítulo hay pasajes que reflejan otros similares en los restantes libros de Sabiduría. Déjenme darles un ejemplo: El pasaje de 28.28a, trae a la mente el Sal 111.10 y otros textos paralelos como Pr 1.7 y 9.10.

Avanzando en el libro, el segundo episodio del drama es más corto si lo comparamos con el primero. En esta sección, que empieza a partir del capítulo 29, las discusiones con mis amigos Elifaz, Bildad y Zofar ya no se renuevan. En cambio se reinició mi discurso recordando los días anteriores a mi enfermedad. En esos días me gané el respeto de mucha gente. Básicamente reafirmé lo que el prólogo dice de mí (1.3). Retomé pronto el tema de mi integridad ante Dios y ante los hombres (Cap. 29). Después pasé revista a mi grande infortunio y me quejé de la burla de algunos de mis semejantes que, como dice el dicho, “hacen leña del árbol caído” (30.9-11). También renové mi desafío ante Dios; le pedí explicaciones y clamé para que me escuchase (30.20-21). Reafirmé mi integridad ante Dios (31.3, 5-6, 16-34) y cuestioné mi percepción de la justicia divina (31.3) a la vez que reconocí la omnipotencia de Dios y manifesté mi confianza final en él como un testigo imparcial y justo (31.35; 13.18).

Acto seguido apareció un cuarto personaje no mencionado hasta ahora. A los lectores del libro les da la impresión que estuvo presente en ciertas discusiones del primer episodio. El joven Eliú (32.6), así se le nombra, escuchó con atención las discusiones previas pero no participó en ellas porque era menor en edad que Job y sus amigos. El respeto ante sus mayores manifestado por Eliú finalmente llegó a su fin cuando callaron mis amigos a causa de la falta de argumentos para convencerme en reconocer mi pecado (32.5-6). Él hizo referencia a tales discusiones en su intervención (32.11-12), que resultó estar cargada de una altanería formidable (32.12-14; 36.2-5; 37.14) a causa de auto calificarse de justo aún “más que Dios.” (32.2). Eliú, en realidad, no contribuyó con algo nuevo a la discusión. Solamente terminó reafirmando lo dicho por mis amigos en cuanto a la justicia de Dios (33.13; 34.10-12), y su grandeza (36.5, 26; 36.5; 37.23). ¡Pero eso sí aprovechó para manifestar su propia arrogancia al criticarme! (34.5-6, 9). Pero no solo lo hizo hacia mí (33.8-12; 34.9, 35; 35.2) sino también a mis sabios amigos (32.5, 9, 11, 15-16).

Finalmente, hacia la última parte del drama Dios intervino desde un torbellino para responder a nuestras discusiones previas, pasando por alto la de Eliú. Esta última parte es muy hermosa y sublime. En su participación Dios primero se dirigió directamente a mí para contestar mi desafío. Él me hace ver claramente y con abundancia de preguntas retóricas (40.2) que yo soy un simple hombre, una criatura suya. Como tal ignoré mucho sobre las cosas que él hizo (38.4, 18, 28, 33; 39.1). No obstante, Dios no hizo referencia a mi inquietud sobre el sufrimiento del inocente o sobre mi anhelo de saber cómo él juzga para impartir su justicia. Su pensamiento, como dice la Biblia en muchos lugares, es muchas veces inescrutable. Sentí un gran alivio frente a la

intervención divina porque ni me condenó por mi desafío ni aclaró completamente mi inocencia ante mis amigos. Me quedé prácticamente sin palabras (40.4-5). Como resultado terminé admitiendo la intervención de Dios como sabia y satisfactoria ante mis interrogantes.

Pero Dios no había terminado conmigo. Hubo un segundo discurso de Dios. Él procedió a refutarme completamente a pesar de que yo ya prácticamente me había dado por satisfecho. Me aclaró que el hecho de que el ser humano sufra durante su vida no quiere decir bajo ninguna circunstancia que él practique la injusticia (40.8). Además, en esta intervención Dios fustigó mi idea sobre mi propia justicia por mis propios méritos (40.10-14).

El drama termina cuando yo intervine por última vez para declarar mi total aceptación de la inmensa sabiduría divina y su poder. Ningún ser humano puede competir contra Dios (42.2). Acepté también que mis palabras fueron irresponsables (42.3) y me arrepentí de ellas (42.6). Ahora veo o mejor dicho conozco a Dios por la lección tan grandiosa que me dio (42.5). Aprendí que en el sufrimiento también se puede ver la gracia de Dios. Esta fue una gran lección para mí. Quiero afirmarles la enseñanza que saqué de toda mi experiencia con el sufrimiento: Dios es capaz de usar el sufrimiento de los seres humanos para “probar” y dar una lección ejemplar. Sí, Dios nos enseña en una forma que no acabamos completamente de captar en el principio de una experiencia dolorosa o negativa.

Hasta ahí el drama. Pero, ¿qué pasó con mis tres amigos? El epílogo contesta esta pregunta. Fueron reprendidos por Dios a causa de sus supuestamente sabias intervenciones cuando discutían conmigo. En realidad ellos hablaron de Dios sin tener una relación con él como la tuve yo. Pretendieron conocer la razón de mi sufrimiento. En ese sentido, tanto ellos como Satanás, aunque no se mencione esto en el epílogo, pero se sobreentiende, estuvieron equivocados. En otras palabras, Dios me reivindicó frente a ellos (42.7). Pero debo agregar que yo tampoco tuve la razón completamente.

Luego el libro termina describiendo las bendiciones que recibí en bienes materiales, las cuales por cierto fueron muy superiores a aquellas que tuve antes de mi prueba (42.10b, 12). Dios me volvió a dar hijos, el segundo grupo de hijos a los que hice alusión al principio de esta lección. La Biblia agrega que mis hijas fueron de muy buen parecer y que recibieron herencia junto a sus hermanos (42.15; comp. Nm 27.8).

Durante el resto de mi vida recibí muchas bendiciones de Dios. Alcancé a ver a los hijos de mis hijos hasta la cuarta generación. No cabe duda, Dios me bendijo abundantemente. Por eso, muchos creyentes me consideran uno de los seres humanos más bendecidos por Dios, al grado que para mí es un verdadero honor que se me conozca como el “paciente Job” (Stg 5.11).